

XVII.

XVII. “LARGA NOCHE EN DAMASCO”

Pues ya estáis enterados de mi conducta anterior en el Judaísmo, cuán encarnizadamente perseguía a la Iglesia de Dios y la devastaba y cómo sobrepasaba en el Judaísmo a muchos de mis compatriotas contemporáneos, superándoles en el celo por las tradiciones de mis padres. (Gál. 1, 13-14)

Ymientras iba caminando, al acercarse a Damasco, una luz que venía del cielo lo envolvió de improviso con su resplandor. Y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” Él preguntó: “¿Quién eres tú, Señor?”. “Yo soy Jesús, a quien tú persigues, le respondió la voz. Ahora levántate, y entra en la ciudad: allí te dirán qué debes hacer”. (Hch. 9, 3-6)

La descripción de la conversión de San Pablo, hecha por él mismo se encuentra principalmente en Gálatas la cual puede complementarse con breves alusiones en otras cartas. La visión de la iglesia, expresada por Lucas, está en los Hechos que contienen, además, el discurso de Pablo ante el rey Agripa (He. 26, 1). Pablo, en su educación y vida religiosa, se formó como un devoto observante de la Ley de Moisés, como él mismo lo relata “Sobrepasaba en el judaísmo a muchos de mis compatriotas contemporáneos, superándoles en celo por las tradiciones de mis padres.” (Gál. 1, 14) Esta era la imagen que él tenía de sí mismo lo cual explicaba “su conducta en el judaísmo y cuán encarnizadamente perseguía a la Iglesia y la devastaba.” (Gál. 1, 13)

El primer episodio en que se evidencia su responsabilidad en esta persecución, es la muerte de Esteban. No habría que excluir que Saulo tomaría parte en la disputa previa con Esteban desde el momento que en esta ocasión él mismo votó, para condenarlo. “Se levantaron unos de la sinagoga, llamada de los libertos, cirenenses, alejandrinos, otros de Cilicia y Asia y se pusieron a disputar con Esteban.” (He. 6, 9) En estas discusiones tuvo que estar presente Saulo y

excitar su indignación contra la nueva fe, indignación que pronto se transformaría en acción persecutoria. “Yo mismo encerré muchos santos en las cárceles.” (He. 26, 10) Probablemente hubiera estado presente también en los discursos de Pedro y Juan frente al sanedrín, puesto que autores modernos consideran a Saulo uno de los miembros jóvenes de este organismo. Lo mismo dirían los judíos de Damasco al escucharle predicar: “¿No es este, el que en Jerusalén perseguía encarnizadamente a los que invocaban ese nombre y no ha venido aquí con el objeto de llevárselos atados a los sumos sacerdotes?” (He. 9, 21)

La primera captura fue a raíz del milagro con que habían sanado el hombre tullido y la respuesta, por parte de Pedro, fue directa: “Jefes del pueblo y ancianos, puesto que con motivo de la obra realizada en un enfermo somos hoy interrogados, por quién ha sido este curado, sabed todos vosotros y todo el pueblo de Israel, que ha sido por el nombre de Jesucristo Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos.” (He. 4, 8-10) No había de qué dudar. El nombre que poseía tal virtud era el de Jesucristo y tampoco quedaba duda de que se trataba del mismo que ellos habían ejecutado. Ni había duda acerca del hombre que había sido sanado, porque estaba ahí en presencia de ellos. Lo que más les dolía era la cita del salmo 118: “Él es la piedra que vosotros los constructores habéis despreciado y que se ha convertido en piedra angular.” (He. 4,11)

Esto constituía una indirecta amenaza a su intocable autoridad; pero la declaración, dogmáticamente más completa, la dio Pedro cuando por la segunda vez fueron llevados al tribunal: “El Dios de nuestros padres, resucitó a Jesús a quien vosotros disteis muerte, colgándole de un madero. A éste le ha exaltado Dios, con su diestra como jefe y salvador, para conceder a Israel la conversión y el perdón de los pecados.” (He. 30, 31) En esta ocasión trataron de matarlos y lo habrían hecho sin la prudente y sabia intervención de Gamaliel, el maestro de Saulo. (He. 5, 35) Este tuvo que conocer las dos actitudes; por tanto, no le faltaba información pero, al parecer, no aceptó la posición equilibrada de su maestro y se pasó al lado de los exasperados radicales, decididos a la violencia.

De este modo, a pesar de que no hubiera conocido a Jesús en su vida, poseía un concepto claro de cuál era la doctrina del Maestro y la fe de sus discípulos, que lo proclamaban Hijo de Dios y Salvador de la humanidad del pecado. Conocía la fe en su filiación divino-mesiánica y la pretensión de que hubiera resucitado. Lo que seguramente no pudo evitar escuchar fue el gran discurso

de Esteban. La claridad de su razonamiento y los hechos innegables, suscitaban la indignación de los empecinados defensores de la ley. “Dios había hablado por boca de muchos profetas, condenando sus idolatrías y, por último, por su Hijo el Mesías, Jesús de Nazareth.” Los judíos eran responsables de haber desobedecido a Dios.

El final del discurso de Esteban resultaba ser toda una provocación. No había otra alternativa. Declararse culpables o aplicarle al enemigo las condenas de la ley. “Duros de cerviz, incircuncisos de corazón. Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo.” No eran acusaciones genéricas, sino muy puntuales, porque se referían a la condena y crucifixión de Jesús, a pesar de tantos milagros que había realizado como prueba de la presencia del Padre en sus obras. “Como fueron vuestros padres, así sois vosotros. ¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres?” La historia de los profetas era una historia de persecuciones y traiciones, de infidelidades y de idolatrías. “Ellos mataron a quienes anunciaron de antemano la venida del justo.” Con la misma falta de fe y de obediencia a la llamada de Dios, habían sacrificado a Jesús.

El razonamiento histórico de Esteban conducía necesariamente a reconocer la santidad de Jesucristo. “De aquel a quien vosotros habéis traicionado y asesinado,” (He. 7, 52) Estos argumentos, aún en sentido negativo y agresivo, no dejaron de grabarse en la mente despierta de Saulo. Como una violenta blasfemia, inadmisibles para cualquier judío auténtico, sonaba la frase final de Esteban: “Estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre, que está en pie, a la diestra de Dios.” (He. 7, 56) No había duda; esta era la fe de los cristianos. Cuando lapidaron a Esteban, los ejecutores de la sentencia “pusieron sus vestidos a los pies de un joven llamado Saulo.” (He. 7, 58) Y afirman los Hechos que “Saulo aprobaba su muerte”.

“Aquel día se desató una gran persecución.” Y fue el comienzo de la gran difusión del pensamiento cristiano por toda Asia y Grecia, por la actividad evangelizadora de los que se habían dispersado desde la capital. De esto estaban perfectamente enterados en Damasco, tanto que al ser enviado Ananías a buscar a Saulo de Tarso en casa de Judas, le dijo al Señor: “Señor, he oído a muchos hablar de ese hombre y de los muchos males que ha causado a los santos en Jerusalén y que está aquí, con poderes de los sumos sacerdotes para apresar a todos los que invocan tu nombre.” (He. 9, 13-14) Todavía cundía el pánico en toda la ciudad.

No sólo aprobó la muerte de Esteban; quiso multiplicar este hecho como escarmiento y erradicar por completo la nueva fe. Su conducta podría definirse como fanatismo religioso, completamente impenetrable a las razones que conducían al reconocimiento de Jesucristo como Mesías. Es impensable que un Saulo, con la inteligencia y devota entrega a Dios, fuera insensible al atractivo y hasta la fascinación de la figura de Jesucristo. También se le presentaba a cada rato la interrogante sobre la licitud de las acciones violentas. Pero dominaba en él la radicalidad de su servicio a la fe de sus padres. “Saulo, hacía estragos en la Iglesia, entraba por las casas, se llevaba por la fuerza, hombres y mujeres y los metía en la cárcel.” (He 8, 3) Y tal noticia corrió en toda la recién creada cristiandad, consolidando su fama de perseguidor cruel y sin clemencia. Aún, después de años, cuando quiso llegar a Jerusalén, perduraba el pánico causado por ese hombre poderoso, el cual “intentaba juntarse con los discípulos; pero todos le tenían miedo, no creyendo que fuera discípulo.” (He. 9, 26)

La calma, la serenidad, la seguridad con que los fieles seguidores de Jesús se enfrentaban al sufrimiento, no hacían brecha en su corazón. Sólo tenía una idea: Eliminar esta herejía, esta plaga satánica, de la fe verdadera. “Por ello, era notorio cuán encarnizadamente perseguía a la iglesia de Dios y la devastaba.” (Gál. 1, 13) Pero no dejaba de cuestionarse, aún contra su propia voluntad, de qué fuente sacarían tal superioridad, alegría y dulzura; mientras a él le devoraba la ira y la frustración. Su amabilidad y resistencia al dolor, le recordaba de muy cerca la madre de los Macabeos y sus siete hijos. Siempre le oponían el nombre de Jesucristo como Hijo único de Dios, del mismo Dios eterno que él mismo adoraba. Rápidamente el enemigo se cristalizó en su mente con la figura de este Cristo poderoso que subvertía todo el orden tradicional. Él se creía dueño hasta del sábado y declaraba a Dios su Padre, y creía que su palabra era la palabra de Dios. Era increíble cómo un hombre muerto pudiera tener tanto poder sobre sus prosélitos.

Su verdadero antagonista era ese Jesús, hijo de María, el Nazareno, condenado por el Sanedrín ajusticiado y muerto en la cruz. ¿Muerto? Ellos estaban dispuestos a jurar que estaba vivo; que había resucitado y se había mostrado como viviente glorioso. La fe en Él brotaba en todas partes, como la amenaza de un poder secreto. ¿Qué pasaría con la economía del templo, con las ofrendas y los sacrificios, si todos iban detrás de Él? Su afán de venganza ahora tenía un nombre: Jesús. La batalla se había cambiado en un duelo, cuerpo a cuerpo, con ese Cristo invisible, inexistente, que hacía mermar las filas de los adoradores del

templo. Ya era, vida o muerte: o él, o Cristo. Era necesario erradicarlo no sólo de Jerusalén, ya que se decía que hasta los samaritanos se habían convertido a Él. Había que perseguirlo por Judea, Galilea y las ciudades de la Diáspora.

Por esto, no es nada extraño que los sacerdotes le hayan entregado a este joven entusiasta, los plenos poderes de vida y muerte. “Saulo, respirando todavía amenazas y muerte en contra de los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, para si encontrara algunos seguidores del ‘Camino’ hombres o mujeres, los pudiera llevar atados a Jerusalén.” Era necesario limpiar no sólo Jerusalén; también las demás ciudades fuera de Palestina. Ya muchos de los discípulos habían abandonado la ciudad capital y se habían dispersado, por Judea, Samaria, Galilea, conquistando miles de seguidores al nuevo “camino”, como lo llamaban. Este pensamiento se multiplicaba en las aldeas, se comunicaba de familia a familia, proclamaba la realización de milagros que sanaban enfermos, expulsaban demonios y hasta resucitaban a muertos. Esta fe avanzaba como una fuerza encendida, como la lava de un volcán, como una epidemia infecciosa. Sólo el hierro o la muerte podían detenerla.

La exasperación alcanzaba niveles insoportables, mientras en la conciencia de sus fieles, el nombre de este Cristo que Saulo perseguía, se pronunciaba con entusiasmo y amor, a pesar de las cadenas y las flagelaciones. Pedro y Juan, sometidos a los treinta y nueve golpes de vara, se habían ido llenos de alegría y cantando himnos de alabanza. ¿Cuál sería su poder invencible? ¿Sería el mismo Satán o, bien, realmente llevaba en sí la palabra de Dios? La tempestad en el corazón de Saulo, creaba el caos también en sus pensamientos. Buscaba una respuesta. ¿Quién le podría contestar? “Sucedió que yendo de camino, cuando estaba cerca de Damasco, de repente le rodeó una luz venida del cielo, más resplandeciente que el sol.” (He. 9, 3) Este es el momento cumbre de la vida de Saulo, el momento que le cambiará nombre y vida, el momento que encontró los dos adversarios frente a frente; el duelo entre un hombre joven que encarnaba su propia estirpe, con el nombre de alguien que estaba muerto, que había dejado de existir y seguía viviendo en los corazones de los suyos.

“Cayó en tierra, y oyó una voz que le decía: ¿Saúl, Saúl, por qué me persigues?” No pensaba que el encuentro se haría de ese modo. Lo quería ver pero ¿cómo ver a alguien que no existe? ¿Cómo lo podría entender, si era mentira? No vio nada más que un relámpago, más claro que el sol y oyó esta voz. Lo había

negado, blasfemado; había odiado su palabra y no tuvo más que una voz, que lo conectara con Él. No pudo luchar, ni llevar a relucir su ira, su odio. ¿Qué puede uno en contra de una voz? ¿Estaba Él dentro de esa voz? Saulo tenía reservadas, mil preguntas, pero el que preguntaba era Él. “Respondió: ¿quién eres, Señor?” Saulo estaba en el suelo, entre las piedras del camino. Sintió la dureza y las cuchillas de las piedras, las tocó, porque no podía ver. Se oyó otra vez la voz. Era la respuesta: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues.” Ahora la voz tenía nombre pero no era el nombre que él conocía. Este era real, vivo. Su voz era segura y suave. No se escondió. Se ofreció entero y directo. El Jesús que existe, no el que tú crees inexistente; el que tú persigues en sus discípulos; porque vive en ellos. Todo estaba dicho de una vez.

Saulo intentó reordenar sus ideas y pensar coherentemente. Quería echar mano a su ira, a su indignación. Pero la ira no le ayudaba, se había ido. Ya no le odiaba, ni se sentía ofendido por el golpe. Sólo quedaba en la memoria esta pregunta, que salió instintivamente de sus labios; porque surgía de lo más profundo de su alma. Esta pregunta estaba escondida debajo de una montaña de prejuicios. Nunca le había permitido que aflorara a la superficie pero ahora ha brotado. Ha sido más fuerte que yo mismo. Nada la podía detener: “¿Señor, quién eres?” Ya te ha contestado. “Aquí estoy: ¿Yo te persigo? Sí, tienes razón. Yo no perseguía a los cristianos: Te perseguía a Ti. Yo era el fiel siervo del Dios de Israel, yo amaba al que tú destruías. Yo era el anticristo, por Dios.”

“Yo soy Saulo, tu enemigo el que te persigue”. Saulo pensaba que todavía lo odiaba pero ya no era cierto. No sentía ningún odio ni amargura. Esa voz no era dura, sino amable, como triste. ¿Por qué? Estaba sólo. Era un hombre caído al suelo, rodeado por la noche; el cual en la oscuridad buscaba una mano a la cual aferrarse. Sólo apretó un puñado de polvo y de guijarros. La lucha había empezado. Él había sido derrotado, pero no vencido. “Yo Saulo, miembro del sanedrín, represento toda la ley de la Alianza de Moisés, toda la historia de un pueblo privilegiado por Dios. ¿Qué haré contigo, Jesús, ahora que sé que existes y vives? ¿Quién eres Tú?” Esta pregunta era muy corta, pero significaba mucho; demasiado para ser asimilado en unas horas. No preguntaba solamente por la identidad de Jesús. Quería saber mucho más. “Tú, quien levantas toda una ola de rebeldes, capaces de destruir la fe en nuestro Dios. ¿Qué otra fe representas? ¿Cómo te atreves a destruir nuestras costumbres que han durado más de mil años? ¿Cómo puedes ser el Hijo de Dios? Dios es único, indivisible”.

Y la voz añadió. “Levántate, entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer.” (He. 9, 6) La voz no era dura, imperiosa; más bien parecía preocupada y le daba sugerencias para responder a sus inquietudes. Sobre qué tendría que hacer. La luz había desaparecido, la voz también. Abrió los ojos sin poder ubicarse. El mundo se había oscurecido, una densa noche lo rodeaba. Su lucha había terminado. El mundo que él llevaba consigo se había fragmentado en mil pedazos. Estaba desnudo, sin su mundo, sin las ideas que lo respaldaban. El tiempo se había detenido en un instante. Y ese instante duraba, inmóvil, se prolongaba hasta la eternidad. Sólo la huella de aquella voz permanecía en su alma. Esa huella lo incorporaba a otro mundo, por ahora, desconocido. Esa voz venía del cielo. “¿Entonces eres tú? ¿Estás vivo? ¿Estás en el cielo? Yo pretendía destruirte, borrar te de la mente de los tuyos. ¿Tú me vas a decir qué tengo que hacer? ¿Ya de una vez me has incorporado a tu equipo?”

La voz había interrumpido un largo silencio. Jesús había escuchado las protestas de Saúl. Su deseo de conocerlo más. Esta voz decía: “pero”, levántate. La cosa era entre los dos. Era cierto. Y su discurso continuaba con esta pequeña preposición adversativa: “pero”. ¿Qué adversaba? Todo lo triste y lo contradictorio que Saúl revolvía en su mente. Como quien dijera: “Lo tuyo es cierto, lo acepto, ‘pero’ a pesar de ello eres mío. Ya lo eras cuando no me conocías y me odiabas. Pero todo ello no es obstáculo, Yo te diré cómo.” Esta segunda parte de la oración de Jesús no sonaba a ruptura, ni a derrota. Tú estabas en una misión: pues, ¡sigue adelante! Tú servías al Padre, ahora me servirás también a mí, por eso se te dirá lo que debes hacer.

Por fin lo alcanzaron los compañeros, quienes vieron la luz que venía del cielo, como un rayo en pleno medio día. Y oyeron la voz, pero no vieron a nadie quien hablara. Se llenaron de miedo y se detuvieron. Sospecharon que algo sobrenatural estaba sucediendo. “Saulo se levantó del suelo y aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada.” (He. 9, 8) En Jerusalén, pocos días antes que lo apresaran, algunos fariseos le habían preguntado a Jesús: ¿También nosotros somos ciegos? Y Jesús dijo: “Si fuérais ciegos no tendríais pecado; pero, como decís, vemos; vuestro pecado permanece.” (Jn. 9, 41) Saulo no lo había escuchado, pero se hacía la misma pregunta: ¿También yo estaba ciego y creía ver? Ahora estoy ciego, pero veo tan claro mi pecado. Yo he vivido en esta oscuridad, creyendo tener la luz de la verdad.

La verdad estaba en Él y yo no la podía ver. La conciencia de Saulo oscilaba entre una verdad y otra, como por las calles de una ciudad desconocida. Las profecías se cruzaban con la Ley, los que servían a Dios asesinaban los mensajeros de Él. Yo he servido a Dios toda mi vida, ¿cómo pude luchar en contra de su Hijo? Todo se le hacía contradictorio: Yo he amado a mi Dios con toda mi alma. ¿Tendré que renunciar a su ley para servir a la palabra de su Mesías? Me había creído obligado a combatir con todos los medios el nombre de Jesús de Nazareth. (He. 26, 9) Saulo consideró que necesitaba más tiempo para pensar, para orar, para reordenar su vida. “Yo recorría todas las sinagogas y a fuerza de castigos los obligaba a blasfemar.” (He. 26, 11) ¿Estaría yo en el error y ellos en la verdad?

“Le llevaron de la mano y le hicieron entrar en Damasco.” (He. 9, 8) “Pasó tres días sin ver, sin comer y sin beber.” (He. 9, 9) Nadie se atrevía a hacerle preguntas; él era el jefe y el iluminado. Sabían que Dios se había atravesado en su camino; Saulo nunca volvería a ser el mismo que habían conocido. Sus compañeros regresaron a Jerusalén y Saulo entró a su larga noche de Damasco, de silencio, de ayuno y de oración. En la oscuridad, Dios se hacía más real y su poder más inmediato; la oración era como un proceso de identificación con Él. ¿Tuvo alguna visión o revelación? Recapituló todo aquello que sabía de la historia de Israel, desde los patriarcas hasta los últimos tiempos. Había que revivir esta historia y redescubrir su sentido profundo para que la figura del Mesías encontrara su verdadero contexto y significado. ¿Podría Dios hacerse escuchar en esta oscuridad?

Recordó también que el joven Samuel había estado esperando en la noche la voz de Dios, para decirle: “Habla, Señor, que tu siervo te escucha.” Jacob, el patriarca, había estado luchando con Dios toda la noche sin verle la cara. Seguramente su memoria evocó el martirio de Esteban y volvió a escuchar su luminoso discurso que hacía desembocar la historia de Israel en la venida del Mesías de este Jesús que ahora había entrado en la vida de él. Y recordaba el testimonio de Pedro y de Juan delante del Sanedrín. Todos sus argumentos empezaban a tener sentido y se ajustaban a las profecías de los antiguos. Era necesario que el Mesías fuera sacrificado para convertirse en el Salvador del mundo.

Saulo rezó con los salmos de David que lo llamaban Señor: “Oráculo de Yahvé a mi Señor, siéntate a mi derecha, hasta que yo haga de tus enemigos el estrado

de tus pies; el cetro de tu poder lo extenderá Yahvé desde Sión. Tú eres por siempre sacerdote.” (Sal. 110) “La piedra que los constructores desecharon, se ha convertido en piedra angular.” (Sal. 118) Repasó la gran profecía del capítulo noveno de Isaías. “El pueblo que andaba en tinieblas vio una luz intensa. Porque un niño nos ha nacido y el señorío descansará sobre su hombro. Se llamará admirable, consejero, Dios poderoso; siempre Padre; Príncipe de la paz.” (Is. 9, 1-5) Esta profecía nunca se había cumplido, desde el regreso de Israel de Babilonia. El capítulo once recordaba: “Saldrá un vástago del tronco de Jesé y brotará un retoño de sus raíces; se posará sobre Él el espíritu de Yahvé, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Dios.” (Is. 11, 1-2)

Llegaba hasta al capítulo séptimo de Daniel. “A Él se le dio imperio, honor y reino; todos los pueblos, naciones y lenguas, le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará. Y su reino no será destruido jamás.” Estas expresiones de grandeza universal planteaban el poder de Dios sobre todos los pueblos de la tierra, lo cual significaba una nueva etapa en el plan divino acerca de Israel y de la humanidad. ¿Cómo no había reflexionado antes sobre anuncios tan claros y definitivos? ¿Cómo había podido entender de un modo tan restringido el poder de Dios? Todas estas glorias y grandezas sufrían; sin embargo, un período de oscuridad y de humillación. El Mesías debía ser sacrificado. Su reino no era mundano, era un reino espiritual que ganaba la gloria a través del sacrificio total de sí mismo. “Despreciado, desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias.” (Is. 53, 3) “Él llevó el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes.” (Is. 53, 12) “Lo que plazca a Yahvé, se cumplirá por su mano.” (Is. 53, 10)

Ahora debería repasar toda la historia de Israel, pero no en el orden corriente. Debería partir de un punto fijo, una piedra angular y este punto era Cristo, el Nazareno resucitado. Había que partir de Él y hacer el camino hacia atrás; Él era el nuevo centro de la historia: Todo el proceso anterior no era más que una preparación para su venida y su actuación. La historia en función del Mesías. Luego analizaría la consecuencia y el rumbo de esta historia hacia adelante, lo cual involucraba la propia vida de Saulo. Con Cristo, Dios se había expuesto al mundo, su cara oculta era finalmente visible en el rostro de Cristo. Ese Jesús era la cara visible de Dios invisible. Ahora el Mesías podía realizar en sí todas las profecías anteriores.

En su ceguera, Pablo veía correr ante sí un plan organizado y desarrollado desde la eternidad y actuado a través de los siglos. “He aquí que yo pongo por fundamento en Sión, una piedra elegida, angular preciosa y fundamental; quien tuviera fe en ella, no vacilará.” (Is. 28, 16) Lo mismo habían afirmado los dos apóstoles Pedro y Juan, delante del Sanedrín, jefes, ancianos, escribas, el sumo sacerdote Caifás, Ana y Alejandro, juzgados por el milagro de haber hecho caminar un hombre tullido, el de la Puerta Hermosa. Habían proclamado el Nombre de Jesús como el de la piedra angular del salmo 118 y, añadían: “el que vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos.” Ahora entendía la fuerza de este razonamiento y el atrevimiento de esta verdad.

Aquello que le había parecido una profanación, en esta oscuridad brillaba con la claridad de una interpretación auténtica de los profetas. Todo fariseo creía en la resurrección de los muertos, como una etapa final del mundo pero nadie estaba dispuesto a admitir que al Nazareno que ellos habían condenado a muerte, Dios lo resucitara y le diera el poder anunciado por Isaías y por Ezequiel y que el mismo Pedro había citado. (He. 4, 11) El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; el Dios de nuestros padres ha glorificado su siervo. En la mente de Pablo, en su larga meditación a oscuras, las distancias entre los siglos se acortaban; las profecías se integraban la una con la otra y, de ese mosaico, se componía un plan bien estructurado, por la mente divina y articulado incluyendo las infidelidades de los hombres.

Por culpa del pecado, Dios había cambiado su estrategia. Así lo citaba Esteban en su discurso: “¿Es que me ofrecisteis víctimas y sacrificios? Durante años en el desierto, casa de Israel. No. Os llevasteis la tienda de Moloc y la estrella del Dios Refán, las imágenes que hicisteis (para adorarles). Pues yo os llevaré más allá (de Babilonia).” (Hech. 7, 42-43) Y añadió por su cuenta: “Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos. Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo. Y Gamaliel les había advertido, frente a todo el Sanedrín. Desentendeos de estos hombres y dejadlos en paz, que si esta idea, o esta obra es de los hombres, se destruirá; pero si es de Dios no conseguiréis destruirles. No sea que os encontréis luchando contra Dios. Pablo se repetía en su soledad: “Yo soy Jesús a quién tu persigues.”

Al establecer la antigua alianza, Dios ya había proclamado su verdad ante todo Israel y le había prometido a Moisés: “Yo les suscitaré por medio de sus

hermanos, un profeta semejante a ti y pondré mis palabras en su boca y Él les dirá todo lo que yo les mando.” (Dt. 18, 18) ¿Qué profeta podría compararse con Moisés? Ningún otro había surgido en Israel en mil años, al que pudieran aplicarse estas palabras, porque Dios lo instituiría con plena autoridad. “Si alguno no escucha mis palabras, las que este profeta pronuncie en mi nombre, Yo mismo le pediré cuenta de ello.” (Dt. 18, 19) ¿Como había podido ser tan ciego de no verlo? Sólo en este momento, alejado de todo el mundo veía la mano de Dios urdiendo el gran tejido de la historia en el cual su propia vida jugaba como una lanzadera, en mano del Dios a quien amaba y servía. Todavía insistía Isaías: “Todo el que cree en Él, no será confundido.”

El resumen de esta larga noche convenció y convirtió a Pablo antes de que él presentara los mismos argumentos para convencer y convertir a los judíos. Lucas los recogió en los Hechos, por su predicación en las sinagogas de Antioquia de Pisidia. (He, 13, 19-23) “Les dio en herencia su tierra, por unos cuatrocientos cuarenta años. Después de esto les dio jueces, hasta el profeta Samuel. Luego pidieron un rey y Dios le dio a Saúl por unos cuarenta años. Depuso éste y suscitó por rey a David. De los descendientes de este, según la promesa, ha suscitado para Israel un Salvador, Jesús.” Hasta aquí lo que él mismo había especulado, reflexionando sobre los profetas. En adelante, posiblemente, acudía a su memoria una vivencia: La de haber escuchado la predicación del Bautista y nada excluye que hubiera sido bautizado por él. Ante la proximidad de su venida, Juan predicó un bautismo de conversión para todo Israel. Se le había grabado en la mente un detalle que nunca había podido olvidar y que ahora brillaba con la evidencia del medio día. “Al final de su carrera Juan decía: Yo no soy el que vosotros os pensáis, sino mirad que viene detrás de mí aquel a quien no soy digno de desatar las sandalias de los pies.” ¿Cómo podía haber sido tan perezoso y retrógrado, de no haber perseguido hasta el fondo esta verdad?

¿Había en su vida algo malo, más que un fatal error? ¿No era Jesús el profeta que había sido anunciado por muchos siglos? ¿Y representado en las visiones de Daniel? “En las nubes del cielo venía como un Hijo de hombre. Se dirigió hacia el Anciano y fue llevado a su presencia. A Él se le dio imperio, honor y reino y todos los pueblos, naciones y lenguas, le sirvieron.” (Dn. 7, 13-14) Saulo continuaba repitiendo su pregunta pero, esta vez, con un deseo irresistible. Veía el Nazareno en el horizonte de todos los pueblos y a sí mismo como atraído

hacia la maravillosa empresa, planeada por el mismo Dios. Su imperio es un imperio eterno que nunca pasará y su reino no será destruido jamás.

A esto Pablo agregaba, como afirmación definitiva y básica, la Buena Nueva: “La Promesa hecha por Dios a los Padres, Dios la ha cumplido.” (He. 32-33) Sobre esta certeza, Pablo fundó su propia reconstrucción. La Promesa implicaba la resurrección. Dios lo había prometido a David (Salmo primero) y le había asegurado la incorruptibilidad: “Pues no has de abandonar mi alma al Šeol, ni dejarás a tu amigo ver la fosa.” (Sal. 16, 10) Esto no se refería al mismo David quien murió y “experimentó la corrupción”. “En cambio aquél a quien Dios resucitó, no experimentó la corrupción.” (Hech. 13, 37) Este era el Cristo viviente y resucitado.

El horizonte restringido de la alianza antigua estaba derruido como los muros antiguos de una vieja ciudad que había crecido y se había abierto a la universalidad de los pueblos. Dios mismo hablaba de una alianza que llamaría a todos los pueblos de la tierra “y el reino y el imperio y la grandeza de los reinos, bajo todos los cielos, serán dados al pueblo de los santos del Altísimo.” (Dn. 7, 27) Esto significaba una nueva revelación, una verdad para todos y un sacerdocio universal y único. No decía el Salmo (45, 7-8): “Tu trono es de Dios para siempre; jamás un cetro de equidad, el cetro de Tu Reino. Tú amas la justicia y odias la impiedad; por eso Dios, tu Dios, te ha ungido, con óleo de alegría más que a tus compañeros.” El profeta Miqueas había indicado hasta su lugar de nacimiento: “Más tú, Belén-Efratá, aunque eres la menor entre las familias de Judá, de ti ha de salir aquel que ha de dominar en Israel y cuyos orígenes son de antigüedad, desde los días de antaño.” (Mi. 5, 1) Se indicaba el tiempo sagrado, establecido por Dios. El tiempo en que dé a luz la que ha de dar a luz. Será el tiempo de la conversión universal. “Él se alzará y pastoreará con el poder de Yahvé, con la majestad del nombre de su Dios.” (Mi. 5, 3)

Jeremías había señalado la esencia de esta nueva alianza: “Pactaré con la Casa de Israel una nueva Alianza; pues todos ellos me conocerán, del más chico al más grande, cuando perdone su culpa y no vuelva a acordarme de su pecado.” (Jr. 31, 31) El mismo Jeremías indicaba el carácter sagrado y personal de la nueva ley: “Pondré mis leyes en su interior y sobre su corazón la escribiré y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo.” (Jr. 31, 33) Saulo comenzaba a entrever una luz, esencialmente nueva que penetraba en su alma. La nueva

ley no consistiría en prácticas superficiales, ni en ritos externos, sino en el servicio del corazón en la entrega de toda la vida. La llamada se dirigía a todos los pueblos de la tierra, el plan de Dios se extendía a los pueblos de todos los lugares y tiempos.

Esta era la parte más difícil de entender. ¿Cómo podría Saulo, servidor de su pueblo, convertirse en el apóstol de la nueva alianza, a establecerse con cada hombre que tuviera fe? Ya había experimentado que no todo su pueblo estaba dispuesto a renunciar a sus privilegios terrenos, para abrir la mente a la nueva ley del corazón. Esto constituía un sufrimiento para su alma de creyente. El amor del Dios universal cubriría a todas sus criaturas y los invitaba a la salvación. A todos se les ofrecía el perdón de los pecados, la paz y la justicia de Dios. Los nuevos creyentes vendrán del Oriente y del Occidente, buscando la luz de la fe. El profeta Isaías había adivinado su universalidad pensando que nadie estaría excluido con tal que tuviera fe en Él.

También habían anunciado el valor divino de su predicación. Ezequiel habla de un libro que se le entrega. “Por encima de la bóveda, había algo así como una piedra de zafiro en forma de trono y sobre esta forma de trono, por encima, en lo más alto, una figura como de hombre. El resplandor que lo rodeaba era divino. “Era algo como el aspecto de la forma de la gloria de Yahvé.” (Ez. 1, 28) Su mensaje es mensaje de Dios. “Yo te envío a los israelitas, a un pueblo de rebeldes, que se han rebelado contra mí.” (Ez. 2, 3) “Les comunicarás mis palabras, escuchen o no escuchen, porque son una casa de rebeldía.” (Ez. 2, 7) La palabra de Dios está contenida en el libro. “Y me dijo: Come lo que se te ofrece y ve luego ve a hablar a la casa de Israel.” (Ez. 3, 1)

El profeta Oseas vislumbró la gran revelación interior de las almas: “Llamaré pueblo mío al que no es mi pueblo y amada mía a la que no es mi amada y serán llamados hijos de Dios vivo.” (Ro. 9, 25-26) Pablo, hora tras hora, iba descubriendo el valor de su encuentro con el Nazareno. “Yo soy Jesús, el que tú persigues”. Ahora dudaba de su misma persecución. “¿Por qué lo odiaba yo? ¿O por qué, en secreto yo lo amaba, y no podía vivir sin Él? ¿Mi persecución era una especie de sadismo, que me castigaba por no poderte amar? Yo odiaba a Jesús creyéndolo un simple hombre terreno; pero lo amaba al saber que era el Hijo del mismo Dios. He servido al Dios cristalizado en la ley de Moisés. ¿Podré ahora servir a Dios siendo servidor de su hijo? Yo no te buscaba,

porque creía que ya te conocía pero tú me buscaste y te diste a conocer. ¿Qué alternativa me dejas ahora que te has revelado como el resucitado?” Como lo previó Isaías: “Fui hallado de quienes no me buscaban; me manifesté a quienes no preguntaban por mí.” (Is. 65, 1)

Este fue mi grave error, no preguntar por Ti, no analizar Tu palabra y Tu verdad. “Y más aún: Juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús.” (Fil 3, 8) Esto fue el final. Pablo percibió esta pasión fuerte y abrasadora que nacía en él. El amor total y radical que le había vinculado al Dios de la antigua alianza incluía ahora a Jesús en el mismo amor. Su adhesión a Jesús aumentaba en cada momento, en proporción de todo lo que se desprendía de él y quedaba atrás. Pablo vio que todas las cosas, exceptuado Dios, que él había amado, se desprendían de Él y quedaban atrás. Primero quedaron atrás sus sueños de buen judío que pretendía ocupar un buen lugar en la jerarquía de Israel; luego su propia posesión de los bienes materiales de su familia, quedaban atrás, nunca los volvería a recuperar, ni su casa, ni sus familiares, ni su carrera en el Sanedrín. Hasta sus amistades que había cultivado con generosidad y pasión, se volverían en contra de él. Estaba realmente solo, nada lo retendría en el pasado. Este Jesús que apenas aprendía a amar ya lo había despojado de todo. Por esto dirá a los Filipenses: “El conocimiento de Cristo Jesús, por quien perdí todas las cosas y las tengo por basura, para ganar a Cristo y ser hallado en Él.” (Fil. 3, 8-9) Ahí empieza su larga carrera, para asemejarse a Cristo. No es que lo posea ya por completo. Pretende hacerse en todo semejante a Él, en la vida y en la muerte; tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos.

En la larga noche de Damasco, Jesús estuvo todo el tiempo delante de su mente, cuando lo oía repetir, en su silencio, “levántate, ponte de pie”. “Pues me he aparecido a ti, para constituirte servidor y testigo, tanto de las cosas que de mí has visto, como de las que te manifestaré.” (He. 26, 16) Este fue el resumen que el mismo Pablo ofreció al rey Agripa, muchos años más tarde. Una síntesis que refleja su transformación interior, por la cual en las tres noches y tres días de oscuridad, había consagrado su vida y su alma al Nazareno, decidido a servirle con todas sus fuerzas. Había alcanzado la conformidad con Él, la seguridad de su divinidad y filiación divina; sólo le faltaba dedicarse a su servicio. Y en este mismo momento Jesús le revela su presencia en la comunidad de Damasco y le incorpora a la misma.

Al final de su severo ayuno, Pablo estaba en oración y de repente obtuvo la visión de un hombre llamado Ananías, quien entraba en la casa y le imponía las manos para devolverle la vista. Y en seguida la visión se convirtió en realidad. “Ananías entró, le impuso las manos y le dijo: Saulo, hermano, me ha enviado a ti el Señor Jesús para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo.” (He. 9, 12) La luz volvió a brillar en sus ojos y el mundo reapareció delante de él: Ese mundo cuyo señor era el Cristo. Ya el cambio se había operado en él. Ya era el “servidor de Jesucristo”. Y el Espíritu Santo lo consagró como apóstol. “Al instante, recobró la vista y fue bautizado. Tomó alimento y recobró las fuerzas.” El Espíritu Santo había hablado en él por toda la larga noche. El Señor había dicho de él a Ananías: “Este me es un instrumento de elección, que lleve mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel.”

Los Hechos no se detienen en describir la alegría de la comunidad cristiana. Sólo se percibe un eco de esta maravillosa conversión en Gálatas: “El que antes nos perseguía ahora anuncia la buena nueva de la fe que entonces quería destruir.” (Gál.1, 23) El cambio tuvo efecto inmediato, a pesar de la desconfianza de los mismos cristianos y de la indignación de los judíos. En seguida se dedica a la evangelización. “Estuvo algunos días con los discípulos de Damasco y se puso a predicar a Jesús en las sinagogas, que Él era el Hijo de Dios.” (He. 9, 20) De ambas partes, la conversión se hacía increíble. “Todos los que le oían quedaban atónitos.” (He. 9, 21) Los mismos cristianos no podían creerlo. “Pero Pablo se crecía y confundía a los judíos que vivían en Damasco. La reacción contraria no se hizo esperar y, al cabo de algún tiempo, los judíos tomaron la decisión de matarle.” Los sufrimientos que el Señor le había anunciado a Ananías ya se convertían en el modo de ser constante de su vida. “Yo le mostraré todo lo que deba padecer por mi nombre.” (He. 9, 16)

Ya estaba consciente de su misión: Servidor y testigo, para que los creyentes se convirtieran de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios. “Para que reciban el perdón de sus pecados y una parte en la herencia entre los santificados mediante la fe.” (He. 26, 18) Esta era la esencia de la nueva fe, como lo explica a los Romanos. “La justicia de Dios se ha manifestado, atestiguada por la ley y los profetas, justicia de Dios por la fe en Jesucristo, para todos los que creen.” (Ro. 3, 21) No quedaba duda sobre la justificación que sólo se conseguiría a través de Jesucristo. “Todos pecaron y eran privados de la Gloria de Dios y son justificados por el don de su gracia en virtud de la redención realizada en

Cristo.” (Ro. 3, 23-24) Toda la doctrina del libro ya estaba en su mente y en su corazón. Por esto podrá afirmar: “El Evangelio anunciado por mí, no es cosa de hombres, pues yo no lo recibí ni aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo.” (Gál. 1, 19-20)

En el momento en que describía este vuelco místico de su vida, ya habían transcurrido años en la evangelización, un largo camino en la ejecución de su misión; por Asia, Grecia, Siria y Palestina. Ya había entregado al servicio de Jesucristo sus mejores años y su capacidad de comunicación oral y escrita a través de sufrimientos, persecuciones y peligros para su propia vida. “Así, pues, rey Agripa, no fui desobediente a la visión celestial sino que primero a los habitantes de Damasco, después a los de Jerusalén y por todo el país de Judea y también a los gentiles he predicado que se convirtieran y se volvieran a Dios.” (He. 26, 19-20)

Con mayores detalles en la carta a los Gálatas (15, 1): “Cuando aquel que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar en mí a su Hijo para que le anunciase a los gentiles.” Fue una auténtica e indudable revelación. El centro de su predicación sería siempre Jesucristo, crucificado y resucitado. A tal grado había llegado su identificación con Cristo. “Al punto, sin pedir consejo, ni a la carne ni a la sangre, sin subir a Jerusalén, donde los apóstoles anteriores a mí, me fui a Arabia, de donde nuevamente volvía a Damasco”. (Gál. 1, 16-17) El ‘siervo de Jesucristo’. No precisaba de otras iluminaciones. Por esto dirá en la segunda carta a los Corintios: “Por la verdad de Cristo que está en mí, que esta gloria no me será arrebatada.” (II Co. 11, 10) Lo cual después de quince años de predicación alcanzó el momento cumbre de la unidad con los demás apóstoles en el encuentro en Jerusalén; porque: “Reconociendo la gracia que me había sido concedida, Santiago, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas, nos tendieron la mano en señal de comunión.” (Gál. 2, 9) Tal unidad, a pesar de las diferencias de estilo y de problemas, nunca se rompió a lo largo de toda su vida de ministerio.

Esta frase es todo un himno de glorificación a Dios por la unidad del Evangelio. Reconoce a otros la entrega a la evangelización de los judíos y a la gracia, que se le ha otorgado a él, la misión entre los gentiles. “En virtud de la gracia que me ha sido otorgada por Dios de ser para los gentiles ministro de Cristo Jesús, ejerciendo el sagrado oficio del Evangelio de Dios, para que la oblación de

los gentiles sea agradable, santificada por el Espíritu Santo.” (Ro. 15, 15-16) El horizonte de su Evangelización, como él mismo recapitula, abarca desde Jerusalén en todas las direcciones hasta el África, allí donde el nombre de Cristo no era aún conocido, con el proyecto de llegar hasta España. Este horizonte nos da la medida de la gracia concedida al apóstol y de la correspondencia de su amor a Cristo Jesús.

Jesús no era un extraño del cual fuera preciso acatar órdenes. Él mismo era ejecutor de la voluntad del Padre por la acción del Espíritu Santo. Pablo había alcanzado en Él la plenitud de la fe y con la fe, el amor. Su acogida a Jesús había sido un total apoderarse de Él. Jesús había sido rechazado por los judíos del Sanedrín, por la pretensión, según ellos absurda, de ser Hijo de Dios y Mesías, y condenado a la cruz. Ahora se encontraba viviente y glorioso. Y, por tanto, “resucitado”, por el Espíritu Santificador. (He. 25, 19) No sólo fue Hijo de Dios en su descendencia carnal, sino el Hijo único de Dios eterno, como salvador.

“Esta verdad se convirtió en el tema esencial de la predicación de Pablo.” En seguida se puso a predicar Jesús en las sinagogas, que Él era el Hijo de Dios. El resultado de su transformación en Damasco fue precisamente haber reconocido la identidad de Jesús, Mesías, Cristo y el Señor y la identificación del Mesías con la Nueva Alianza para la salvación; el reconocimiento del misterio pascual y de la resurrección por la locura de la cruz. “Para aniquilar, mediante la muerte, al señor de la muerte.” (Heb. 2, 14) Toda su vida será una exaltación de Jesús como Hijo del Padre y como mediador de la nueva Alianza, del sacerdocio único y el sacrificio irrepetible, por el cual se le confirió una dignidad superior a todas las criaturas. “Y adórenle todos los Ángeles de Dios.” (Heb. 1, 6)

La hora de Pablo en el camino de Damasco se ha vuelto, para nosotros, la condición esencial de cada alma de hombre o mujer en la fe. Es la era del reino, la que se inaugura; es la nueva edad de la historia humana. Desde este día, para Pablo: “La vida es Cristo” (Fil. 1, 21) y Él es, como se define en la carta a los Gálatas: “El siervo de Cristo” (Gál. 1, 10) y, en Romanos, “Pablo, siervo de Cristo Jesús, apóstol por vocación, escogido para el Evangelio de Dios.” (Ro. 1, 1)

